

San Bartolomé, Patrono de Cieza.

Todos los pueblos cristianos, siguiendo el doble dictamen de la razón y de la fé, del mismo modo, que han procurado ganarse grandes y poderosas influencias para la resolución favorable de sus negocios en la tierra,

para remedio de todas sus necesidades y para alcanzar de Dios toda clase de bienes, tanto espirituales, como corporales, han elegido también patronos y abogados suyos en el cielo. Y esto es un hecho tan general é innegable, que, así como se ha dicho de la necesidad de la Religión, que no hay nación sobre la tierra, por bárbara y salvaje que sea, que no profese alguna, con tanta y aún más razón puede afirmarse, que en los 19 siglos de la historia, que va al lado de acá de la Cruz, no existe pueblo alguno cristiano, por pequeño y humilde que sea, que no tenga algún santo, como protector y especial abogado,

El de esta nuestra villa de Cieza es el glorioso Apóstol S. Bartolomé; aquél obscuro galileo, denominado *Bar Tolmái* ó el hijo de Tolmái; aquél humilde pescador de peces, llamado por Jesucristo para ser un día verdadero pescador de hombres; aquél discípulo fidelísimo, que acompañó á todas partes á su divino Maestro y fué testigo de casi todos sus grandes milagros en Cafarnaum, en Naim, en Caná; que, confortado después con la Resurrección del Salvador y lleno, como los demás Apóstoles, de los dones del Espíritu Santo, llevó la predicación de la buena nueva en las más apartadas regiones, á la Licaonia, á la Albania, á las Indias Orientales y la Armenia; que hizo enmudecer en éste último teatro de sus más heroicas acciones los oráculos de Astarot; que obligó al ídolo de Berit á proclamar la verdad de su divina misión y Apostolado,



S. BARTOLOMÉ, PATRONO DE CIEZA.

reconociendo su maravilloso don de milagros: que no sólo hizo confesar la divinidad de Jesucristo al más poderoso de los oráculos, sino que obligó al demonio á que redujera por sí mismo á polvo todos los ídolos de la Corte de Polemón; y que, en fin, anheloso de derramar toda su sangre por amor de Jesucristo, no vaciló en acudir al pérfido llamamiento impío é inhumano Astiajes, el que no pudiendo resistir sus predicaciones ni sus virtudes, mandó le desollaran vivo; no cesando el Santo

Apóstol de publicar, en medio de su cruelísimo y horroroso tormento, los grandes misterios de la fé, hasta que le cortaron la cabeza los verdugos por mandato de aquél bárbaro tirano.

Este celosísimo y valerosísimo Apóstol é invicto mártir de Jesucristo es el patrón celestial, que eligieron para sí nuestros mayores.

Pero ¿cuando tuvo lugar esta elección? Pregunta es esta, que á nuestro entender, no puede recibir hoy contestación satisfactoria y que supondría ya resueltas otras más áridas y de solución difícilísima, á saber: ¿cuando fué predicado por vez primera el Cristianismo en Cieza? ¿cuando la idea cristiana señoreó, ó al menos predominó en los ánimos de los naturales del país? ¿Por qué vicisitudes ha atravesado el cristianismo entre los hijos de Cieza

hasta que el Rey D. Alfonso el Sabio «después que hubo cabrado el reino (de Murcia) quedóse en él todo el año de 1266, haciendo labrar las villas y castillos de muy fuertes labores y comenzó á poblar la tierra...?»

Todas estas cuestiones exigen paciente y detenido estudio, investigación incansable y sagacísima, conocimiento de fuentes y acopio de datos arqueológicos é históricos, de que hoy en gran parte, carecemos; y, después de todo, racional y bien fundada crítica; cosas todas, que nosotros francamente confesamos no poseer en manera alguna. Empero, dejando un lado, por hoy, esas cuestiones obscurísimas, no tememos asegurar: que desde que existió Cieza, como pueblo cristiano, situado

NO es una exaltación del ánimo impresionado porque en la pública tribuna vibrara la palabra de jóvenes entusiastas, ligados á nosotros por vínculos de fraternal amistad.

Es que, meditando friamente, desprovistos de todo género de apasionamientos, pudimos apreciar aquella noche, que la juventud intelectual que se levanta en Cieza con aires de triunfo, es una juventud esclarecida, que se agita y lucha con fiebre sublime

belleza y con su peculiar gracia y simpatía tan brillante acto. El escenario severamente arreglado, está ocupado por los señores que en esta velada habian de llenar su simpático cometido, presididos por las dignas autoridades en pleno.

A las nueve oímos los primeros acordes de «El Barbero de Sevilla», ejecutado primorosamente, por el sexteto que dirige el ilustrado Profesor D. Grego-

nuel Marin-Garnica y D. José M.<sup>a</sup> Rodríguez Gabaldón.

Todos, sin excepción alguna, satisficieron con creces las esperanzas que el público tenía en sus reconocidas dotes, entusiasmándole con raudales de conocimientos y arranques de sublime elocuencia.

La velada fué un triunfo colosal de la juventud, triunfo, que corresponde por igual á todos los ciezanos, porque gloria y muy

LUJUELA, MAZARRÓN, CIEZA.

grande para la patria chica, es el que sus hijos contribuyan á enaltecerla y glorificarla.

El presidente de la sociedad católica de obreros, D. Manuel Moxó, encargado de hacer la apertura de este acto, no pudo verificarlo por haberse puesto enfermo uno de sus niños.

De la misma manera, tampoco pudo hacer el resumen, el eminente jurisculto, ilustre hijo de este pueblo D. Ramón Capdevila, por sentirse indispuerto momentos antes de comenzar su discurso.

Rasgo pausable.

A la patición que, en nombre del Ayuntamiento dirigióse á nuestro querido amigo D. Joaquín Payá, para que contribuyera á la suscripción popular iniciada por nuestro concejo, ha respondido su bellísima y distinguida señora con un rasgo de desprendimiento, que si digno de alabaza, como toda obra buena, no es sino una confirmación de los caritativos sentimientos y múltiples simpatías que siento por nuestro pueblo tan distinguida dama.

Enterada de que según manifestaciones del ilustre Jefe de Sanidad Militar D. Gregorio Ruiz, necesitaban nuestros soldados ropa interior, dicha señora ha ofrecido regalar á cada uno de los ciezanos que pelean de Melilla dos mulas completas.

Las madres ciezanos, verán de hoy en adelante en la hermosa línea del Menjú, á más de los encantos que allí prodiga la naturaleza, los efluvios de la caridad y generoso desprendimiento que atesoran y derraman á manos llenas sus simpáticos dueños.

